

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

17, 24 de septiembre, 1, 8 de octubre de 2023

MD 2023/12

JESÚS SE EXPRESA EN PARÁBOLAS

Pero, ¿por qué se expresa así? Las parábolas, generalmente, se refieren a una acción y a un comportamiento o a una actitud. La mayoría apuntan al Reino como realidad dinámica y muestran cómo Dios Padre y su Hijo Jesús actúan y piensan.

Si el milagro es una palabra de Dios que responde a una situación humana, la parábola ilustra cómo Dios actúa en la historia, en la vida de las personas.

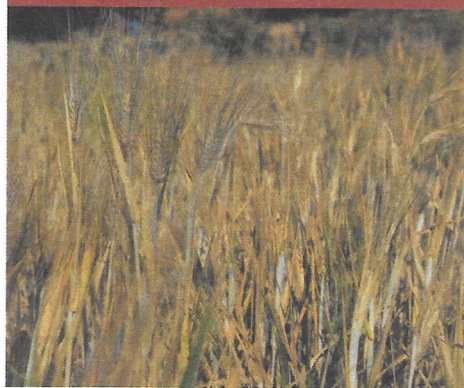
Jesús se sirve de las parábolas para dialogar con la gente, y lo hace a partir de su propia experiencia, sacando las imágenes de la vida misma.

Hoy somos más *urbanos* que *rurales* y, por eso, algunas parábolas no consiguen interpelarnos como deberían hacerlo y así entrar en el estilo de vida que Jesús propone.

Jesús se sirve de las parábolas para hablar de su talante y del talante de su Padre. Así Jesús nos explica cómo su Padre prefiere a quienes los demás excluyen, cómo su Padre procura que nadie se pierda, cómo su Padre hace que su Reino crezca. A través de las parábolas se entra en diálogo con Jesús, donde Él expresa su punto de vista ante acciones y actitudes que expresan a menudo la manera humana de pensar y opciones y convicciones que siguen otros caminos y no los de Dios.

Las parábolas expresan el significado que Jesús da a la vida y a la acción. Jesús se expresa en parábolas. Por eso, para comprender las parábolas, no basta que nos preguntemos qué ha querido decirnos Jesús, es preciso que nos demos cuenta de cómo él se expresa en ellas y nos orienta hacia cómo actúa y piensa su Padre, que también es nuestro Padre.

D. 24 del tiempo ordinario / A
D. 25 del tiempo ordinario / A
D. 26 del tiempo ordinario / A
D. 27 del tiempo ordinario / A



EL ARTE DE LA HOMILÍA

Predicar no es fácil ni descontado ni evidente. La experiencia sirve, porque siempre es un grado, pero fiarse de ella puede ser una trampa. Una homilía siempre se tiene que preparar, se tengan treinta u ochenta años. La preparación de la homilía es la clave para que el homileta se haga escuchar y suscite en quienes le escuchan sentimientos y propósitos, en último término, provoque movimientos del corazón. Y es que la homilía se dirige al corazón de la persona, que es la sede de las decisiones y las emociones, de las reflexiones y de las adhesiones. Por esto hay que distinguir una homilía de una catequesis o de una conferencia o de una clase. El Concilio Vaticano II, en la *Sacrosanctum Concilium*, la constitución sobre la liturgia, define así a la homilía: «Proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación o misterio

de Cristo» (35). Y podríamos añadir: «En el marco de la fe de la Iglesia, celebrada en la liturgia, y en el contexto del tiempo y del mundo donde es vivo». El diálogo de Dios con su pueblo está en el centro de la homilía.

La importancia de la homilía la convierte en una de las piedras de toque del ministerio de la Palabra, que es uno de los ejes del ministerio presbiteral. La homilía verifica «la cercanía y la capacidad de encuentro de un pastor con su pueblo» (*Evangelii Gaudium* 135). Por tanto, es bueno que el pastor del Pueblo de Dios empiece mentalmente la preparación de la homilía a inicios de la semana para que aquella madure dentro de sí antes de que llegue el momento, viernes o sábado, de hacer la preparación directa. Sería provechosa una relectura de los números 135-139 de la exhortación apostólica que hemos mencionado.



En el momento de pensar en qué homilía hay que hacer, es conveniente tener en cuenta tres elementos: la Palabra, la vida y la liturgia. La liturgia señala el ámbito en que nos movemos, no solo por el hecho de que la homilía tiene lugar dentro de la celebración y forma parte de ella plenamente, sino también porque los

textos de la Escritura deben ser leídos en función del momento litúrgico en que son proclamados. La homilía no es, pues, una especie de «media parte» de la celebración, sino el punto de llegada de la liturgia de la Palabra, después de la culminación que representa la proclamación del evangelio, que es la palabra de Cristo. Pues bien, las palabras del homileta retoman las lecturas y, sobre todo, el evangelio, y lo hacen con la misericordia de un padre y la dulzura de una madre, procurando llevar a los que escuchan al convencimiento de tomar nuevos caminos, interiores y exteriores. Por eso el homileta no se desentiende de la vida y de sus retos, de los anhelos y de las tristezas, de la esperanza y de la fatiga del Pueblo de Dios, y es sensible a todo lo que configure la vida aquí y ahora. Una homilía no puede ser genérica ni etérea, no puede moverse en lugares comunes ni en fórmulas librecas que probablemente dan seguridad al homileta, pero que no aportan gran cosa a los que le escuchan.

La fusión entre la Palabra y vida se convierte en uno de los secretos de una buena homilía. No me refiero a una prolija descripción de casos y anécdotas, tomadas incluso de la actualidad reciente («ayer dijeron por televisión»), sino, muy al contrario, al uso de un lenguaje que se arraigue en la Palabra de Dios e incluya las vivencias profundas de los que escuchan, apuntándolas más que describiéndolas. El homileta debe ser sensible, pero no coloquial; concre-

to, pero no chismoso; espiritual, pero no nublado. Por otro lado, como se ha dicho, la liturgia aporta un sentido determinante a la homilía. No es lo mismo comentar el texto de las bienaventuranzas en la solemnidad de Todos los Santos que hacerlo en el cuarto domingo del tiempo ordinario (ciclo A). El buen homileta trata los textos de acuerdo con la propuesta litúrgica del día y de la ubicación de la celebración en el año litúrgico.

Dos apuntes finales. Tal como subrayó el Concilio Tarraconense de 1995, la homilía es un arte, una práctica que se consigue con esfuerzo y oración, aplicando al texto una lectura espiritual según el modelo de la *lectio divina*. Se trata de entrar dentro de los relieves de la escritura que comunica la revelación divina y transmitirlos, dejando que hable la Palabra, y no la opinión del homileta. Hay que decir lo esencial, que es mucho, en poco rato (5-10 minutos, una homilía dominical). El segundo punto es garantizar que la homilía dominical cumpla con sus objetivos, intentando que el homileta tenga ante los ojos el texto completo de lo que quiere decir o un guion suficiente de lo que será su homilía. Escribir la homilía previamente es un servicio, a mi parecer necesario, al Pueblo de Dios. Una buena homilía es una pieza fundamental para una buena celebración.

ARMAND PUIG I TÀRRECH

¿SE PUEDE AVERIGUAR EL MODELO DEL MINISTERIO ORDENADO?

Veámoslo a partir del Concilio Vaticano II, especialmente de la *Constitución dogmática sobre la Iglesia (LG)* y del *Decreto sobre la vida y el ministerio de los presbíteros (PO)*:

LG 19: El Señor Jesús, después de haber hecho oración al Padre, llamando a sí a los que Él quiso, eligió a doce para que viviesen con Él y para enviarlos a predicar el reino de Dios (cf. Mc 3,13-19; Mt 10,1-42); a estos apóstoles (cf. Lc 6,13) los instituyó a modo de colegio, es decir, de grupo estable, al frente del cual puso a Pedro, elegido de entre ellos mismos (cf. Jn 21,15-17). Los envió primeramente a los hijos de Israel, y después a todas las gentes (cf. Rom 1,16), para que, participando de su potestad, hiciesen discípulos de Él a todos los pueblos y los santificasen y gobernasen (cf. Mt 28,16-20; Mc 16, 15; Lc 24,45-48; Jn 20,21-23), y así propagasen la Iglesia y la apacentasen, sirviéndola, bajo la dirección del Señor, todos los días hasta la consumación de los siglos (Mt 28,20). En esta misión fueron confirmados plenamente el día de Pentecostés (cf. Hch 2,1-36), según la promesa del Señor: «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos así en Jerusalén como en toda la Judea y Samaría y hasta el último confín de la tierra» (Hch 1,8).

PO 2: Así, pues, enviados los apóstoles, como Él había sido enviado por el Padre, Cristo hizo partícipes de su consagración y de su misión, por medio de los mismos apóstoles, a los sucesores de estos, los obispos, cuya función ministerial fue confiada a los presbíteros, en grado subordinado, con el fin de que, constituidos en el Orden del presbiterado, fueran cooperadores del Orden episcopal, para el puntual cumplimiento de la misión apostólica que Cristo les confió.

El Vaticano II, basándose en el Nuevo Testamento, sitúa el punto de mira en la iniciativa divina: son elegidos para un servicio, para el cual se les otorga un don del Espíritu, que los estructura personalmente, colegialmente (a nivel local: el colegio presbiteral, que tiene como cabeza al obispo diocesano; y a nivel universal: el colegio episcopal, que tiene como cabeza al obispo de Roma) y sinodalmente (hermanos entre hermanos, al servicio del pueblo santo de Dios confiado).

Y ahora averigüémoslo fijándonos en *la elección de los Doce* (Mc 3,13-15): Jesús escoge, de entre sus discípulos, a doce hombres (como gesto profético de querer restaurar el Pueblo de Dios como pueblo de pueblos); así pues, nadie se otorga el poder ni el derecho de ser enviado por el Señor. Son esco-

gidos para estar con Jesús, predicar y luchar contra el mal. Escogidos, pues, para una existencia de comunión y para una misión.

Pero también mirémoslo en la *Carta a los efesios* (Ef), donde descubrimos que: 1) *Dios Padre* ha dado (ἔδωκεν) *Cristo* a la Iglesia como Cabeza (Ef 1,22-23) y 2) *Cristo Cabeza* ha dado (ἔδωκεν) a la Iglesia el ministerio (διακονία) de edificar a su Cuerpo (Ef 4,11-12), para que *todos los santos* sean del Cristo total (Ef 4,13). Los *santos* son los que forman el Pueblo de Dios. El don es para la edificación del cuerpo eclesial (Ef 4,12). Los destinatarios de este don son los dirigentes escogidos. Y este don de Cristo a la Iglesia, mediante el Espíritu Santo, es dado plenamente al obispo, el cual recibe a los presbíteros como *consejeros necesarios y sus colaboradores inmediatos* (PO 7), y recibe a los diáconos como sus ayudantes al servicio de la Palabra y de la liturgia y sus asistentes en las tareas de administración y caridad (cf. LG 29).

En síntesis, el ministerio apostólico se cimenta en una elección divina para una misión, que consiste en: predicar, luchar contra el mal y edificar la Iglesia como Cuerpo de Cristo, donde todo el mundo tiene su propio lugar para que juntos existamos como comunión en plenitud. Nótese que Efesios 4,13 habla de llegar a ser el *hombre perfecto*, que debe entenderse la Iglesia en su plenitud de Cuerpo de Cristo,

hacia la cual todo el mundo tiende armoniosamente en el amor de Cristo y en la unidad de la fe.

El texto de Marcos 3,13-15 ilustraría el modelo del ministerio del obispo y de los presbíteros. El de Efesios 4,11-13 ilustraría el modelo del *ministerio apostólico*, o sea, obispo, presbíteros y diáconos. La plegaria de ordenación al diaconado habla de *tres órdenes* dedicados al servicio del nombre de Dios y en su momento central se pide para el ordenado de diácono la *gracia septiforme* del Espíritu Santo para que pueda cumplir *fielmente la obra del ministerio* (*in opus ministerii fideliter*), o sea, el ministerio apostólico. Detrás está el texto de Efesios 4,12: εἰς ἔργον διακονίας (*in opus ministerii* = en orden a la obra del ministerio).

Si el modelo del colegio apostólico local (presbiterio) y del colegio apostólico universal (episcopado) es la elección de los Doce por Cristo, el modelo del diaconado es la elección de los Siete (Hch 6,1-6) por la asamblea sinodal convocada por los Doce con una propuesta pastoral concreta.

Como conclusión, diría que, para ser fieles al modelo, debe tenerse presente que nadie se autoelige para el ministerio apostólico; se precisa del discernimiento del Pueblo de Dios para que descubra si uno ha sido elegido para *la obra del ministerio*.

JAUME FONTBONA

ASIA: QUITARSE SUS PROPIOS ZAPATOS

El encuentro continental asiático tuvo lugar del 23 al 27 de febrero en Tailandia. Con una población total aproximada de 4,6 billones de habitantes, los católicos representan solo un 3,3%, aproximadamente 150 millones. El contexto cultural de Asia se reconoce muy plural, ya sea por la presencia de lenguas, etnias, prácticas y confesiones religiosas (las mayoritarias son islam e hinduismo, seguidas posteriormente por el budismo, taoismo, confucionismo...). Económicamente, el continente asiático manifiesta grandes diferencias, especialmente porque se llega a cuantificar la presencia de unos 320 millones de personas que viven en extrema pobreza. [...]

La Federación de Asia de Conferencias Episcopales (FABC) ha capitaneado el trabajo sinodal [...]. No solo se han identificado las tensiones continentales, sino que se han hecho públicas tanto las diversas prioridades y los sentimientos compartidos más comunes [...].

Una imagen sencilla y elocuente del continente asiático, que aparece en su documento continental, es la costumbre de quitarse los zapatos cuando alguien entra en una casa. Es un signo de respeto y una consideración que el lugar que se pisa no es propio. Es en el fondo un signo que recuerda lo que vivió Moisés (Ex 3,5) ante la tie-

rra sagrada. El sínodo también invita a todos los cristianos a una profunda actitud de conversión, a un descalzarse reverencial no pomposo ni estrambótico, sino sencillo y sincero. Hay que profundizar más sobre la importancia del respeto por aquellos que son diferentes y piensan de un modo diferente al nuestro. Solo si nos escuchamos unos a otros profundamente, afirma el texto asiático, podremos dejar de lado los propios prejuicios y acoger a los demás. Los propios zapatos en el fondo no dejan de ser un símbolo de nuestra procedencia o de la propia posición. Unos pies descalzos, sean de ricos o de pobres, son iguales. El mundo de Asia está lleno de oportunidades, pero también de retos, y en este sentido, un gesto concreto y sincero de respeto ofrece la imagen de una Iglesia que acepta moverse en un ámbito de relaciones humanas sanas, en las que la misión empieza sencillamente con una verdadera actitud de humildad.

[...] ¿Nos ayudará el sínodo a descalzarnos, es decir, a convertirnos más a Jesús y a su Espíritu?

DANIEL PALAU VALERO
presbítero de la diócesis de Sant Feliu de Llobregat; director de la Catedral Pastoral
Josep Pont i Gol
Resumen del artículo publicado en la revista
El Bon Pastor, junio 2023

FORMACIÓN LITÚRGICA

Por Gabriel Seguí, a partir de la Carta apostólica «Desiderio desideravi» del papa Francisco

La necesidad de una formación litúrgica seria y vital (III) Boceto de una antropología litúrgica (núms. 40-44)

El Papa parte de lo que ha dicho anteriormente: cada uno de nosotros es formado para la celebración litúrgica en la vocación que ha recibido; la misma formación litúrgica tiene esta finalidad para evitar caer en el racionalismo (Dd 40). Ahora bien, la clave de la formación es el conocimiento de Cristo que deriva en una «real implicación existencial con su persona», en una «conformación con Cristo» (Dd 41). Francisco insiste en que «no se trata de un proceso mental y abstracto», sino existencial y vital para que lleguemos a ser Él y a constituir su Cuerpo, que es la Iglesia, por el Espíritu que hemos recibido. Por ese motivo, podemos hablar de un boceto de antropología litúrgica, en la medida en que la formación litúrgica contribuye a nuestra cristificación.

Para evitar la tentación de caer en el espiritualismo, afirma Francisco en el núm. 42: «Esta implicación existencial tiene lugar –en continuidad y coherencia con el método de la encarnación– por vía sacramental. La liturgia está hecha de cosas que son exactamente lo contrario de abstracciones espi-

rituales: pan, vino, aceite, agua, perfume, fuego, ceniza, piedra, tela, colores, cuerpo, palabras, sonidos, silencios, gestos, espacio, movimiento, acción, orden, tiempo, luz. Toda la creación es manifestación del amor de Dios». Se trata de la relación entre creación, encarnación y liturgia, que ya ha aparecido en la carta como una de sus ideas clave. Ante la realidad de la creación, «la liturgia da gloria a Dios porque nos permite, aquí en la tierra, ver a Dios en la celebración de los misterios y, al verlo, revivir por su Pascua» (Dd 43). Aquí hay una antropología implícita: el hombre como gloria de Dios que tiene una estructura de alabanza, ya que pertenece a su naturaleza más íntima la glorificación de su Creador.

Este cometido solo será posible si el hombre recupera su capacidad simbólica, empezando por el símbolo de su cuerpo, por el cual está constitutivamente abierto a Dios (Dd 44).

GABRIEL SEGUÍ I TROBAT, MSSCC

PALABRA DE VIDA, PAN DE VIDA

Una reflexión sobre la Palabra de Dios que nos llega a raudales en estos domingos del tiempo ordinario.

El libro de los proverbios lo expresa bellamente: «Ha enviado a sus criados a anunciar en los puntos que dominan la ciudad: «Vengan aquí los inexpertos»; y a los faltos de juicio les dice: «Venid a comer de mi pan, a beber el vino que he mezclado; dejad la inexperiencia y viviréis, seguid el camino de la inteligencia»» (Pr 9,3-6).

Llamamos pan cotidiano a la Palabra de Dios y comida espiritual a la Sagrada Escritura que nos nutre y alimenta.

Y el Deuteronomio de nuevo nos dice: «Recuerda todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón: si observas sus preceptos o no. Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para hacerte reconocer que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios» (Dt 8, 2-4).

Y san Jerónimo nos decía que la carne del Señor es verdadera comida y su sangre verdadera bebida y nosotros podemos comer su carne y beber su sangre no solamente en el misterio, sino también en la lectura de la Sagrada Escritura. Y esta verdadera comida y bebida que tomamos del Verbo de Dios es la ciencia de las Escrituras.

Un antiguo prefacio de la liturgia galicana (s. VIII) lo expresaba bellamente así dirigiéndose al Padre: «Él es tu Hijo Unigénito; él alimenta la fe de los que ayunan, les llena de esperanza y fortalece su amor. Él es el pan vivo y verdadero que bajó del cielo y está por siempre en el cielo, él es raíz de la eternidad y viático de la virtud. Tu Palabra (Señor), que hizo el universo, alimenta al espíritu humano, y es también el pan de los ángeles. Con el vigor de este pan, Moisés, tu siervo, cuando recibió la ley, ayunó cuarenta días y noches, se abstuvo de alimentos carnales, y saciado de tu dulzura, vivía de tu Palabra. Vivía de sus delicias y sus ojos recibían su luz. No sintió hambre y se olvidó del alimento corporal, pues veía la claridad de tu gloria y, por la acción del Espíritu, la Palabra de Dios lo saciaba. Danos, Señor, este pan durante los cuarenta días de ayuno que hoy comenzamos. Tú nos animas a que tengamos siempre hambre de él, pues cuando nos alimentamos con su carne, que tú consagras, cobramos fuerza y cuando sedientos, bebemos su sangre, nos limpia Cristo, Señor nuestro».

Nosotros hoy, como ayer, como siempre, nos seguimos alimentando y nutriendo de esta doble mesa de la Palabra y del Cuerpo y la Sangre del Señor: Palabra de Dios, pan de Vida.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Centre de Pastoral Litúrgica

☐ Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ☉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: David Álvarez

Año LV

Suscripción anual: 89,00€ €

Precio de cada ejemplar: 6,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975

PARA PEDIR EL DON DE LA LLUVIA

¡Es que la lluvia es un don! Nos es dada; no depende de nosotros. Los regalos no se exigen, ni se merecen; se reciben y se agradecen. Y con la lluvia o –mejor dicho– gracias a la lluvia, la tierra nos da sus frutos y los agradecemos. Son un don la lluvia y la nieve, que «caen del cielo y no vuelven, sino que empapan la tierra y la fecundan, y la hacen germinar hasta que da semilla a los sembradores y pan para alimento», dice el profeta Isaías (55,10). Son un don la tierra y el mar, el día y la noche, la luz y la oscuridad... Son don de Dios desde la creación del mundo y esto es lo que narran los relatos de la creación del Génesis. Tenemos obligación de cuidar de la creación.

Dios no se encarga directamente de que llueva, lo sabemos todos. Somos nosotros, dice Jesús, que, si entendemos esto, seremos «hijos del Padre celestial, que saca el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45); ¡la lluvia es un don porque es para todos!

¡Por eso hay que pedir la lluvia! No son plegarias mágicas, ni automáticas o que pidan algo solo para mí o para algunos; orar nos hace dar cuenta de que todo es don y, por tanto, le pedimos a Dios que nos conceda a todos «la lluvia oportuna», tal y como dice la oración colecta de la misa «para pedir la lluvia» del Misal Romano.

Os ofrecemos, pues, un modelo con textos de oración y formularios de intención para orar y pedir el don de la lluvia. Puede utilizarse cuando se considere adecuado para la situación meteorológica, y de sequía.

Recordemos también que en el Misal Romano, dentro del capítulo de «Misas y oraciones por necesidades públicas», existe un formulario «Para pedir la lluvia», que incluye una oración colecta propia para esta intención (pág. 1049). Esta oración podrá utilizarse en días feriales del tiempo ordinario, siempre que no deba celebrarse ninguna otra memoria.

Los salmos cantan desde antiguo el don de la lluvia del Señor: «Derramaste en tu heredad, oh Dios, una lluvia copiosa, aliviaste la tierra extenuada» (Sl 67,10). O bien: «El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto» (Sl 84,13).

Promesas de paz (SL 84)

Señor, has sido bueno con tu tierra,
has restaurado la suerte de Jacob,
has perdonado la culpa de tu pueblo,
has sepultado todos sus pecados,
has reprimido tu cólera,
has frenado el incendio de tu ira.

Restáuranos, Dios Salvador nuestro;
cesa en tu rencor contra nosotros.
¿Vas a estar siempre enojado,
o a prolongar tu ira de edad en edad?

¿No vas a devolvernos la vida,
para que tu pueblo se alegre contigo?
Muéstranos, Señor, tu misericordia
y danos tu salvación.

Voy a escuchar lo que dice el Señor:
«Dios anuncia la paz
a su pueblo y a sus amigos
y a los que se convierten de corazón».

La salvación está cerca de los que lo temen,
y la gloria habitará en nuestra tierra;
la misericordia y la fidelidad se encuentran,
la justicia y la paz se besan;

La fidelidad brota de la tierra,
y la justicia mira desde el cielo.
El Señor nos dará la lluvia,
y nuestra tierra dará su fruto.

La justicia marchará ante él,
y sus pasos señalarán el camino.

Presentemos al Padre del cielo nuestra oración, pidiéndole por las necesidades de todos los hombres y mujeres del mundo entero, y muy especialmente, para pedirle el don de la lluvia para nuestra tierra. Oremos diciendo: PADRE, ESCÚCHANOS

- Por el don del agua, para que una lluvia abundante riegue nuestros campos, y podamos alegrarnos de los bienes temporales sin descuidar los eternos. OREMOS.
- Por la lluvia, que debe llevar el agua que nuestra sociedad necesita: que Dios, providente y bueno, nos la conceda como una bendición que baje del cielo hasta nosotros. OREMOS.
- Por la lluvia abundante que necesitan las cosechas amenazadas por la sequía, que el Señor nos conceda este don del agua a nuestra tierra y a nuestros campos. OREMOS.
- Por todos los lugares que viven en situación de sequía y falta de agua, que baje del cielo el don de la lluvia, como una bendición de Dios, providente y bueno. OREMOS.

Padre, mira con bondad a tu pueblo y concédenos todo esto que te hemos pedido con fe. Por Cristo, Señor nuestro.

Oh, Dios, en quien vivimos, nos movemos, y existimos; concédenos la lluvia oportuna, para que, ayudados suficientemente con los bienes presentes, apetezcamos confiadamente los eternos. Por nuestro Señor Jesucristo.



Dios Padre Nuestro, Señor del cielo y de la tierra.
Tú eres para nosotros; existencia, energía y vida.
Tú has creado al ser humano a tu imagen y semejanza,
para que con su trabajo, haga fructificar las riquezas de la tierra,
colaborando así a tu creación.
Somos conscientes de nuestra miseria y debilidad.
Nada podemos sin Ti.
Tú, Padre bueno, que haces brillar el sol sobre todos
y haces caer la lluvia,
ten compasión de cuantos sufren durante la sequía en estos días.
Escucha con bondad las oraciones
que tu Iglesia te dirige con confianza,
como escuchaste las súplicas del profeta Elías,
que intercedía a favor de su pueblo.
Haz que caiga del cielo sobre la tierra árida, la lluvia tan deseada,
para que renazcan los frutos
y se salven los seres humanos y los animales.
Que la lluvia sea para nosotros el signo de tu gracia y bendición.
Así, confortados por tu misericordia,
te rendimos gracias por todo don de la tierra y del cielo,
con que tu Espíritu satisfaga nuestra sed.

San Pablo VI (Ángelus del 4 de julio de 1976)

